

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NUMERO

Naua de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRO, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

## DE ACTUALIDAD

¡Oh! ¡Ministros celosos, gente pura y severa!  
¡Oh! Servidores fieles; que servís de manera  
¡que del amo dormido la casa saqueáis;  
bandidos sin entrañas, que aprovecháis la hora  
en que la patria triste agonizante llora,  
y llenáis vuestra bolsa, y en el peligro os váis!  
Enriquecéos, pues, aunque España sucumba,  
sepultureros viles que saqueáis su tumba.  
¡Pero, al menos, señores, tened algún pudor!  
España y sus virtudes, España y su grand-zza,  
se va entre vuestras manos, se va pieza tras pieza.  
Desde Felipe IV á estos días de horror,  
el Portugal, Alacia, Goa, el Franco Condado,  
el Rosellón, Ormuz, el Brasil abrasado,  
mil leguas en la tierra, cinco mil en el mar,  
sin combate, sin honra, lo hemos perdido todo;  
y Europa, que nos odia, nos contempla en el lodo,  
alegre en nuestra ruina, riendo en nuestro mal.

VICTOR HUGO.

(Ruy Blas.—Escena II, acto III.)

## LABOREMUS

Blancos y negros, capuletos y montescos, tirios y troyanos, cuantos, desde todos los puntos de vista, han emitido su dictamen acerca de la consabida regeneración nacional, en una cosa están conformes: Hay que echar fuera la pereza. Hay que trabajar. Cultivemos nuestro jardín. *Laboremus*.

Un cielo de cristal, un sol de fuego, muchas gotas en las venas de sangre africana, una sobriedad que revela el hábito secular de la miseria, un clima ingrato y desmedido, una confianza supersticiosa en la eficacia del milagro, una tradición de hidalgo de gotera, hecho á matar el hambre con las migajas de los galeones del Perú, todo ha contribuido á hacer del pueblo español uno de los más holgazanes é imprevisores de la tierra. El no hacer nada es su ideal. Prefiere la privación al esfuerzo. Por no trabajar no come. Semejante al muchacho del cuento oriental, no tomará la breva si no le acierta á caer en la boca.

Predicarle la reforma es tarea fácil, pero estéril. Ni él oye á los predicadores, ni se había de enmendar si los oyese. Se cambian las instituciones, se rectifican á veces los rumbos torcidos de una política, se transforma en ocasiones muy raras la organización social. Pero sería verdaderamente milagroso que de la noche á la mañana un pueblo, aleccionado por el infortunio, trocara por otro su modo de ser y mudara bruscamente de sentimientos, de pasiones y de costumbres. Eso sólo en contadísimos casos lo ha hecho quizás un individuo, un pueblo nunca.

¿Es que el mal no tiene remedio? Tiene uno, el remedio por excelencia, el único verdadero y eficaz: la *vix medicatrix* de la naturaleza. Sólo que, para que esa acción se ejerza, es necesario que el médico la ayude ó, cuando menos, no la estorbe. Aquí han de oficiar de médicos las clases directoras, dueñas de las grandes fuerzas sociales, árbitros del Estado, representantes y órganos en la sociedad de la función reflexiva. Honren ellas y practiquen el trabajo, recompensen el esfuerzo, premien al mérito, y habrán puesto en el organismo social un estímulo que á la postre dará sus frutos. Si hacen todo lo contrario, ¿quién si no ellas será culpable de que el mal no se corrija y la dolencia no se cure? En España se trabaja poco, cierto; pero, ¿qué alicientes, qué recompensas, qué acicates encuentra el trabajo en España? Dígalos el obrero, reducido á un minimum de salario que le basta apenas para no morir. Dígalos el agricultor, abrumado por el impuesto,

arruinado sin defensa por el granizo ó la helada, obligado á trabajar para el ocultador y el usurero. Dígalos el industrial, oprimido por el fisco, embarazado á cada paso por la administración que debiera prestarle ayuda. Dígalos el comerciante, sin mercados, sin caminos, sin medios de transporte, operando con una moneda ficticia, incomunicado por unas tarifas increíbles. Dígalos el funcionario, siempre amenazado por la cesantía, que ve subir como la espuma á la incapacidad y la holganza protegidas por el valimiento. Dígalos el juez, el magistrado, postergado en su carrera, convertido en un judío errante de la toga, si osa contrarrestar las audacias del caciquismo. Dígalos el estudiante, ansioso de pescar el título que ha de ser patente para solicitar las sonrisas del favor y de la fortuna. Y así todos.

Si á una nativa propensión á la holganza se agregan los efectos de una desorganización social que hace un calvario del trabajo, no es lo que maravilla que el mal persista y se arraigue; lo que asombra es que no haya llegado á agravarse hasta hacer de todo punto imposible la vida nacional. No es lo singular que aquí se trabaje poco; lo singular es casi casi que haya aun quien trabaje aquí. No se mueven las gentes por motivos de moral absoluta. El imperativo categórico de Kant no está hecho para las muchedumbres. Es el trabajo en general una pena, un dolor, un sufrimiento que se soporta y arrostra por la esperanza del galardón. Cuando son la indolencia, la ineptitud y el demérito los que llevan el premio, ¿qué estimulante le queda al esfuerzo? Cuando á la natural asperidad del trabajo se le añade el aditamento de nuevas asperezas producidas de artificio, ¿cómo no ha de producirse el desaliento? Así nadie trabaja sino lo preciso, lo que absolutamente impone la necesidad. Faltan el suplemento, la añadidura de esfuerzo que engendran el progreso social. Cada cual roe, merma cuanto puede su aportación á la labor colectiva. El ideal del estudiante suele ser el hacer novillos, el del empleado faltar á la oficina. Quien tiene cuatro cuartos, no trabaja. Quien puede jubilarse, se jubila. ¿Para qué afanarse allí donde el trabajo á nada conduce, no da honra ni provecho, ni aumenta el favor ni disminuye el desvalimiento?

Sólo la justicia podría poner correctivo. Si el obrero recibiera un salario suficiente y la esperanza de que una vida entera de trabajo no ha de conducirle forzosamente á morir en el hospital; si el agricultor trabajara para sí y no para el fisco y la usura; si el industrial, el comerciante, encontraran protección y aliento allí donde sólo se encuentran malquerencia y obstáculos; si el escolar supiera que nada será si no sabe, aunque fuese hijo ó yerno del Preste Juan; si constase al funcionario que no ha de ascender por otras influencias que las de su asiduidad y sus servicios; si, en suma, en todas las carreras civiles, militares y eclesiásticas, fuese el mérito y no el influjo quien alcanzase la recompensa, entonces cabría esperar de la eficacia del estímulo la curación lenta de la haraganería nacional.

Pedir esto no es pedir un milagro, ó á lo menos no parece que debiera serlo. Es pedir pura y simplemente que las cosas sean como deben ser y como son, salvo parciales injusticias, en todas las naciones dignas de tal nombre. Bastaría con que los elementos directores de la sociedad cumplieran con su deber y realizasen recta y desinteresadamente la función tutelar que se arrogan. Entonces se echaría de ver el maravilloso poder terapéutico que tiene la justicia para la curación de las dolencias sociales, aun las más inveteradas y crónicas. Ahora, si esto tampoco es aquí posible, entonces... apaga y vámonos.

ALFREDO CALDERÓN.

## SOBRE EL MISMO TEMA

Muchos en esta ocasión  
afirman que hay que empezar  
con bríos y con tesón

la obra de regenerar á esta esquilmada nación.

De fijo el más insensato  
hallará ese empeño grato,  
secundándole también;  
pero, vamos á ver, ¿quién  
pone el cascabel al gato?

¿Quién acomete esa buena  
empresa, ya irrealizable,  
si el mal todo lo envenena?  
¡No hay en la social cadena  
eslabón aprovechable!

¿Quién logrará, en conclusión,  
que, tras de tanto barullo,  
no existan en la nación  
su majestad el Chanchullo  
y su alteza la Ambición?

El más limpio de pecado  
vería que iba á emprender  
tal obra sin resultado,  
porque él tenía que ser  
el primer regenerado.

Hay quien grita y se subleva  
porque dice que nos lleva  
lo viejo á la tumba fría,  
y pide con energía  
que venga la gente nueva.

¿Y así queda redimido  
este pueblo envilecido?  
Pues lo niego en absoluto.  
¿Qué se va á esperar del fruto  
del árbol que está podrido?

La juventud redentora,  
aunque despierte esperanzas,  
no anuncia una nueva aurora.  
¡Y más con las enseñanzas  
que está recibiendo ahora!

¿Que esto cómo ha de arreglarse?  
Pues el tiempo ha de encargarse  
sin que nadie lo prescriba.  
Ahora no hay más que aguantarse  
y tragar mucha saliva.

No valen bríos ni fe,  
saliva hasta reventar;  
porque bien claro se ve  
que eso es ya lo único que  
nos va á quedar que tragar.

JOSÉ RODAÑO.

## USÍAS

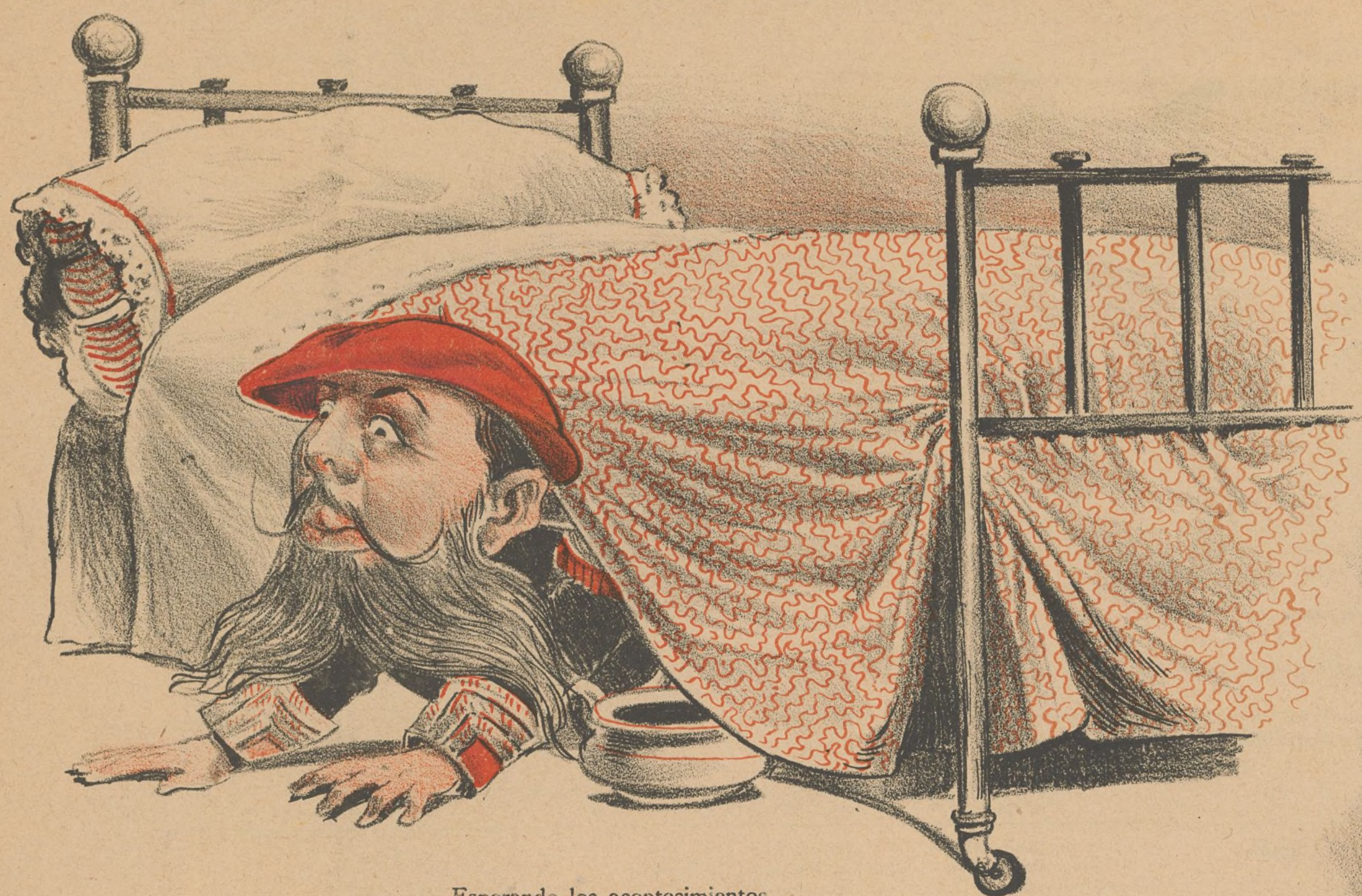
Si, señor, somos el país más democrático de la tierra, esto es indudable; pero por treinta reales al mes ó por treinta mil al año, el ciudadano pasa de simple particular á Usía.

Al que le dan una cruz sencilla de cualquier cosa, se le habla de *Usted* en cartas, sobres y comunicaciones oficiales. Si le dan una encomienda, le llaman *Usía ilustrísima*, como á los obispos. Y en llegando á la gran cruz, ¡*Excelencia*!

Suele ocurrir á lo mejor que tal *Excelencia* se come los fondos de una provincia, y después de vivir del juego y de las hermosuras numeradas, sale de noche para Madrid, si no pasa por los tribunales; pero en la *Guta* sigue siendo el *Excelentísimo* señor Don Fulano de Tal, y cada vez que lo invitan á cualquier parte, le ponen el *Ex* y el *Sor* lo mismo que á los condes y duques de veras. Pero la gran cuestión es, que á fines del siglo XIX, en esta nuestra España, los que no tengan *Señoría* tengan merced, aunque estén entre merced y señoría.

Se funda un círculo, un casino, un centro cualquiera en el que lo importante y esencial es jugarse el pelo y pelarse los socios unos á otros. Entran en él todas las castas de pájaros sociables posibles, desde el gra





Esperando los acontecimientos

## DON QUIJOTE



Silencio de muerte.

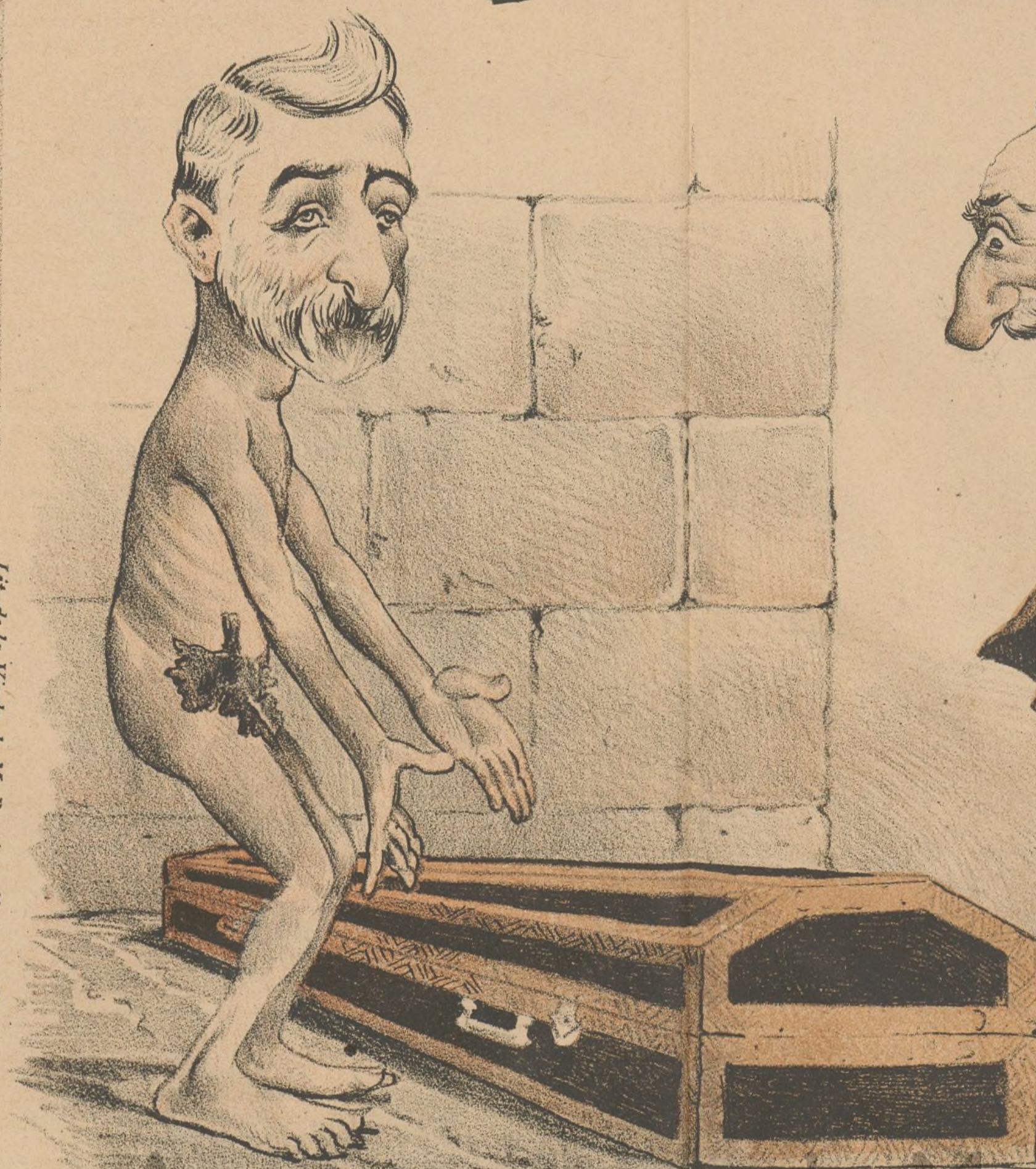


El eterno petomano.



Lo que es el pavo de Pascua me lo como yo.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jefe del Valle, 22





de de España hasta el jugador, y desde el magistrado hasta el señorito sin oficio ni beneficio, bala perdida de su casa; y los criados, vestidos por la sociedad, al uso de las casas aristocráticas, les llaman *Usia* á todos. Y no es raro oír aquello de:—¿Ha llamado *usia*? Y el *usia* responde:—Que me traigan pepitoria de la taberna de la Concha!

¿Qué deben pensar los criados de nuestras señorías, en tal caso? Porque

*ó sobre la materia, ó sobre el alma,*  
ó sobre la ración de bacalao de casa de Angel, ó sobran los calzones cortos y los zapatos de charol de los criados. ¡Esto se cae de su peso!

Pues lo mismo digo de los centros oficiales. Hasta el sueldo de veinticuatro mil reales, el hombre chupóptoro *no tiene tratamiento*. Es un simple particular á quien le hablan de igual á igual criados y porteros; pero en cuanto llega á los veintiséis mil, es decir, por ocho tristes duros y pico más al mes, asciende á *Señoría*, así lleve las uñas de alivio de luto y se pise los pantalones. Hasta cincuenta mil reales, *Usia*; y en llegando á subsecretario ó á ministro, *Vuecencia*. Le pasa como con los azucarillos, que no se los dan en el agua hasta que llega á jefe de negociado. A los auxiliares, agua pedrada; y á los escribientes, jagua del pozo!

En otras partes, los criados, lacayos, cocheros, porteros de gente rica ú oficial, hablan en tercera persona. Dicen:—¿El señor ha llamado?—¿Qué desea?—¿Quiere el señor alguna cosa? Con esto se igualan las condiciones y no tienen que pensar los que sirven cómo llamarán al jefe ó al amo. Aquí, donde todavía publicamos la bula por las calles con unos timbaleros que recuerdan el reinado de Carlos II, toda la vanidosa clase media se regodea, oyéndose llamar *usia* ó *vucencia*. A ningún vanidoso se le ocurre ni ve que el mendigo, el menesteroso lleno de andrajos, á quien hallará á la puerta del club ó del ministerio, le dirá:—¡Una limosna por Dios, *hermanito*!

Hermanito. Esto es lo cristiano, lo español, lo tradicional, lo castizo; pero eso de entrar un contribuyente á caballo en el despacho de un ministro, es meramente incómodo. Y digo á caballo porque todos les mandan *apear* el tratamiento. Pues si hay que apearse, ¿para qué montar? La vanidad humana tiene manifestaciones tan sumamente pueriles, que solamente viéndolas se conciben.

Allá á principios del siglo, un *usia* era alguien. Significaba una gran autoridad moral, un título de rancio abolengo, una vara de corregidor... Conforme nos hemos ido democratizando, el número de *Usias* se ha multiplicado hasta lo infinito. Santo y bueno que se le dé el *Usia* al coronel de un regimiento, ó ilustrísima al arzobispo, á los que son jefes de esas dos milicias de la religión y de la patria. ¡Pero al *zurupeto*! ¡Al que tira á cinco y se queda con cuatro!—¡No va más!—¡Nueve!—¡Nos ha reventado *Usia*, D. Junípero!

Más prácticos y más serios los marinos, viven en familia en los barcos de guerra, sin que pierda en nada la disciplina. Al comandante se le llama siempre Don Manuel, ó D. José ó D. Antonio, según sea su nombre de pila. La gente civil oficial lo entiende de otro modo. ¡Todos *usias* y *vucencias*! Parecemos á los italianos, que en cuanto les envían de por acá una encomienda cualquiera, se llaman, y los llaman hasta que se mueren, *il signor comandatore*, y á voces el comandador tiene una *trattoria* en las afueras de Roma.

Nada, nada, hay que arreglar esto; ó todos ó ninguno. Yo estoy siempre por los de abajo y me duele que los españoles de poco sueldo no tengan mote. Hay que llamar á los auxiliares *Vuesamerced* y hablar á los escribientes *de vos*, como en las comedias.—¿Ha llamado *Usia*?—Traígame su merced el expediente de las peritas, digo, de los peritos.—Que venga el escribiente:—*Me pondréis* á la firma la nómina que es cosa muy urgente.—El ministro ha llamado á *Usia*.—¡Oh, qué gorda está *vucencia* y qué bien conservada!—decía un paisano mío.

Y vamos dando honores de jefe de administración á porrillo para que los honrados se pongan un uniforme que parece un ciento de sardinas. Y allá van cruces, y placas, y bandas y relumbrones... ¡y viva la democracia! En fin, á las ciudades les dan títulos de Excelencia; y hay vírgenes en los altares que tienen la gran cruz de Carlos III. Y entre tanto los maestros no cobran. Pero los hay que tienen encomiendas que para en comiendo deben ser muy buenas. ¡Oh eterna, absurda, hispánica bambolla!

EUSEBIO BLASCO.

## HIERRO Y CARNE

La vida colosal, bu lenta y poderosa no pide otro alimento: ¡hierro y carne!

¡Cuánto podría escribirse bajo este título brutal; qué terribles estrofas de dolor y de egoísmo!

La salvajada del hierro articulado, preso, atronador,

que se mueve, mueve y mueve... jadeando su formidable esclavitud de Prometeo, atolondrado y vertiginoso... Y á través de su galope de monstruo dislocado y loco, la pálida figura de carne, que va y viene, estóica y fría, entre aquellos palpos de acero que le odian, y aquellas vibrantes correas que le maldicen, y aquellas fauces de dientes negros que rechinan de ansia.

¡Fragor!... El aturdimiento reina en el antro, el batallar de volantes desesperados, de émbolos diabólicos, de topes que rechocan con furor de combate... Y no brilla adentro más que una pálida lucecita, envuelta en girones de fiebre, cuya bomba chorrea lágrimas de angustia y de miseria...

Afuera hay espacio, ambiente, vida; se hinchan los pulmones bajo un cielo límpido y claro...

Adentro, en el taller, se crispa el hierro y forcejea y tragina, y el obrero... ¡Ehl... La blusa, la hopa, se enroscó en el volante, y allá va volando la máquina de carne á caer sobre la máquina de hierro, y á brazo partido luchan con los palpos de acero que le odian, con los dientes negros que le desgarran, con los émbolos feroces, que hacen crujir sus huesos y se los muerden...

¡Fragor! ¡Fragor!... Siempre el mismo...

¿Qué importa una carnaza que sangra?... ¡Ya se lavó la carboncilla del rostro con la sangre del cráneo hecho polvó!

Afuera hay luz, luz nueva que ha salido del antro, á la vez que el grito de su titán; luz cruda que herirá la camilla del obrero con un beso azul, con un rayo intenso y parpadeante...

Adentro, no, adentro no hay más que una lucecita pálida, envuelta en vaho de fiebre, cuya bomba chorrea lágrimas de angustia y de miseria.

Y en el fondo, el fragor de cataclismo, la salvaje canción de la máquina, su convulsión de palpos y su fiebre de volantes, que canta y canta, como una plegaria inextinguible:

—¡Hierro y carne! ¡Hierro y carne!

FLIRT.

## EN EL REAL

¡Qué extremada ostentación!  
¡Lo más noble y más gentil  
en graciosa reunión!...  
¡Es un sueño de *Las mil  
y una noches* el salón!

El sol mismo en pleno día,  
de tanto esplendor delante,  
quizá palidecería.  
La sala es una brillante  
cascada de pedería.

La vista jamás reposa;  
vagando con ansiedad,  
juzga ilusión engañosa  
esa feria aparatosa  
del lujo y la vanidad.

Contemplando en derredor  
tanta cara placentera,  
murmura un observador:  
—«Dígame lo que se quiera,  
vamos de bien á mejor.»

Falsa, mentida excelencia  
la de ese inmenso derroche.  
Sólo es dicha en apariencia.  
¡Hay quien nubla su conciencia  
para brillar una noche!

Allí hay muchos elegantes  
al estilo de Verger,  
el del cinto de diamantes,  
*diamantes que fueron antes  
de amantes de su mujer.*

Si hay quien luce profusión  
de riquezas en un palco,  
con sólo un sueldo ramplón,  
ya veréis la solución  
en el próximo desfalco.

¿Que afuera espectros oscuros  
nos tienden sus manos flacas?  
¿Cómo aliviar sus apuros,  
cuando salen las butacas  
por un puñado de duros?

TARJETA

## PARA EL POETA JOSÉ ALMENDROS CAMPS

Reciba usted, mi querido Almendros, un apretón de manos—no, algo más efusivo—un abrazo, por la publicación de su hermoso libro *Nostálgicas*.

En estos tristes tiempos de prosaísmo, extinta la fe, muertos los ideales, en el que la juventud, precozmente egoísta, reniega del amor y de los placeres y se hace vieja á los veinte años, usted ha tenido el raro valor de

escribir un tomo de versos. ¡Merece usted la laureada de San Fernando!

¡Versos! ¡No hay ya quien los lea! La crítica habla de ellos con desdén, y los denomina «renglones cortos». Y hasta hay quien ha averiguado que la verdadera forma de la poesía es la prosa.

Usted, despreciando el medio en que vive, ha dado á luz un libro de versos, y yo creo que todos los que tenemos aun fe en el arte debemos de felicitarle y de aplaudirle.

*Nostálgicas* es moral y literariamente un libro bueno; es la obra pura de un soñador del ideal, de un enamorado de lo bello...

Un abrazo, sí, mi querido Almendros. Y repito mi enhorabuena.

MIGUEL SAWA.

## ICADA OVEJA...!

Se habla del matrimonio de D. Jaime con una chica de Baviera, que es princesa.

Eso le conviene. Que se case y siente la cabeza, que deje de hacer el oso por Bayona y San Juan de Luz.

Desearíamos que su esposa no se pareciese en nada á doña Berta, que es la que excita á su papá para que se lance á la guerra civil.

Pero los de familia tienen mala mano para escoger mujer.

Véase la fierecita conocida por doña Blanca, que acompañó á D. A. fonso y á Savalls en sus excursiones por Cataluña.

Si esa princesa de Babiera tiene buen sentido, todavía puede hacer un bien á la familia de su esposo y á la nación española, que no está para nuevos trotes de guerras civiles, ni para sufrir pretensiones de mamarrachos.

## ANÉCDOTAS POLÍTICAS

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

Polavieja refiere en su tertulia de *regeneradores* sus aventuras de Filipinas.

—¡Hubieran ustedes sentido el horroroso terremoto que me sorprendió en Parañaque!

—¿Sentiría usted mucho miedo?—observa tímidamente uno de los contertulios.

—Sí—responde modestamente el general,—al principio me eché á temblar; pero la tierra temblaba mucho más.

Capdepón llega tarde á un Consejo de ministros, y Sagasta le pregunta la causa de su retraso.

—Es que he sentido unos fuertes dolores en la pierna derecha y el médico ha tenido que ponerme una inyección.

—¿De morfina?—interrumpe Groizard.

—No, señor, de hipodérmica.

Sagasta ante el tribunal de la opinión.

*El presidente*.—Ahora le leeré á usted la lista de sus desaciertos.

*Sagasta*.—Pues en ese caso, permítame usted que me siente porque hay para rato.

La duquesa á uno de sus invitados:

—Me aseguraba usted que el Sr. Gamazo era hombre de gran ingenio y no ha dicho una sola palabra en toda la noche.

—Es cierto, señora, pero es que D. Germán prueba su ingenio dejando hablar á los demás.

En la Presidencia.

Romanones á Pablo Cruz:

—¿Está D. Práxedes?

—No; se ha ido de paseo á la Moncloa.

—¿Y tardará mucho en volver?

Pablo Cruz gritando:

—¿Qué contesto, D. Práxedes?

## LIBROS

La importante librería editorial de los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, ha puesto á la venta la *Agenda de Bufete para 1899*, de cuya obra nos ha sido remitido un ejemplar, el cual hemos tenido el gusto de examinar, encontrando en ella datos sumamente preciosos é interesantes, á más del excelente papel é impresión.

Por nuestra parte, reconociendo su verdadero mérito y los importantes servicios que á todos puede prestar, la recomendamos con sumo gusto á nuestros lectores.

Se halla de venta en las librerías, establecimientos de objetos de escritorio y bazares de España y América.

## Almanaque de DON QUIJOTE

PARA 1899

Etsá ya en prensa, y publicará, entre otros originales, los siguientes:

*Literatura extranjera*. Poesías: *Jesús*, por Víctor Hugo; *Insomnio*, por Haine. Cuentos: *El literato*, por Catulo Mendez; *La cogida del Tato*, por Julio Clarete.

*Poetas americanos*: *Nieve de hartío*, por Juan de Dios Pesa. *La guitarra*: Cantares de Blasco, Redel, Alcaide de Zafra, Burgos, Avilés, Palau, Iruela, Machado, Paradas, Tovar y González Cando.

Y artículos y poesías de Ramos Carrión, Balart, Barrantes (Pedro), López Silva, Valle Inclán, Benavente, Rueda, Ferrari, Palacio (Manuel del), Dicenta, Pérez (Dionisio), Guillar, Delgado (Sinesio), Medina (Vicente), Palomero, Sawa (Miguel) y otros distinguidos escritores.

De la parte artística se han encargado notables caricaturistas españoles y extranjeros.

El *Almanaque de DON QUIJOTE para 1899* formará un elegante volumen de 64 páginas, é irá adornado con una artística cubierta en colores.

Precio: 50 céntimos para el público, y 40 para los correspondientes y suscriptores de *DON QUIJOTE*.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.